

Desde mí misma, desde Gastón Bachelard: Una reflexión tras el sismo, para el gremio de la construcción

Por Carmen Perdomo

Esta es una reflexión espontánea que vino a mí luego de una breve estancia en una de las muchas poblaciones de nuestro país afectadas por el sismo del 19 de septiembre de 2017, había pasado una jornada revisando inmuebles con una profunda afectación, donde sus habitantes anhelantes, requerían de mi opinión, opinión que se sumaría a la de muchos más, incluyendo a algunos ingenieros que tenían más tiempo que yo sirviendo en la zona.

Pude ver así frente a frente a quienes me consultaban, y percibir su pena, su congoja en la gesticulación de sus rostros, para más tarde descubrir despreocupación y rutina en los de mis compañeros de labor.

Antes de empezar, debiera confesar, que probablemente no estuve lo suficientemente afuera, en campo, como para poder resumir en unas líneas la realidad del todo. Debiera, además, añadir que la razón principal siempre fue la renuencia que sentía a enfrentar a la gente, a mirar la tragedia a la cara y no saber que decir... que sentir.

Yo no puedo, nadie puede, dar una visión completa de lo que acontece, los sentimientos de dolor, pérdida, muerte no pueden ponerse en palabras, más que en las que los nombran. Es así que como bien dicen, uno no puede hablar, más que por sí mismo.

En lo poco que salí, que experimenté, que viví, se me hizo común escuchar algunas frases similares entre sí, frases que decían cosas como: –es mejor derrumbarla y volverla a hacer... igualita, si quieren–, o –eso ya no tiene reparación, ya fue– e incluso algo como –aquí solo hay de dos sopas, evolucionar o morir–; todas estas frases acompañaban y justificaban una postura, una opinión que no llegaba a dictamen, pero que en más de una ocasión fue ejecutiva; todos defendían un argumento que iba acompañado de la única posibilidad existente, de la ineludible realidad: El edificio ya era inhabitable.

Inhabitable, que no se podía salvar; todos, colegas arquitectos, ingenieros y uno que otro contratista me decían esto a mí, a un testigo externo, llamado a sitio como ellos, a ser una opinión más de esas que apenas valen nada. Sí, todos firmemente me decían y se decían... yo, los miraba intrigada, preguntando en mi mente sí serían capaces de decírselo **así** a la gente; más no olvidaba que muchos de ellos venían haciéndolo **así**, ya durante días.

No pude evitar cuestionarme si estábamos realmente conscientes de lo que un “inhabitable” significaba, si nos estábamos realmente enterando de lo que con ello acontecía, de si comprendíamos no con la mente, sino con el alma lo que con ello le pasaba a quienes solían hacer allí su vida.

¿Estando como gremio, como testigos externos, siendo suficientemente humanos, suficientemente sensitivos con los que lo han perdido todo, con los que se han quedado sin nada, con los que conservan la vida pero han perdido la voluntad de vivirla? ¿Cómo entender la tristeza que embarga un corazón fragmentado, un corazón que ayer tenía una casa, un hogar, un pedacito de mundo contenido en cuatro muros y que hoy no tiene nada? ¿Cómo comprender la pérdida de la seguridad, de la privacidad, de la intimidad, de la idea de control sobre tiempo y espacio? ¿Cómo visualizar que su rutina ya no les pertenece, que se han quedado varados en un lugar donde ya no importa el paso del día a la noche? ¿Cómo explicar su cambio de realidad, que su entendimiento sobre el mundo acaba de cambiar para nunca jamás volver a ser igual? ¿Cómo sentir el dolor ajeno, su magnitud, su fuerza? ¿Cómo reaccionar ante las personas que han muerto ya media vida junto a una edificación? ¿Cómo comprender que entre ese montón de piedras y de escombros que hoy se apila y se saca, se están llevando el pasado de alguien, sus alegrías y sueños, sus ratos felices e infelices, sus anhelos más grandes, los alcanzados y los malogrados? ¿Qué se necesita para ver que en esa montaña de cascajo están inmersos aún su ser, sus días, sus noches, sus primaveras y otoños, cómo entender que se han quedado solo con el invierno? ¿Cómo asimilar todo esto y más que nada, para qué? ¿Será que realmente el intentar mirar las cosas con sus ojos, pudiera traer un cambio en el tono de nuestra voz, será acaso que pudiéramos recubrir nuestras palabras de empatía, sintiendo su realidad; y al final, será que el tratar de entenderlos realmente, pudiera hacer las cosas distintas para ellos? ¿Será, que pudiéramos sembrar esperanza en tierra infértil, reconfortar lo inhóspito? Y a todo esto, ¿Valdrá la pena suavizar sinceramente una triste verdad, una cruda realidad?

Ninguna de estas respuestas las tengo yo... solo sé que puedo hablar, desde mí misma, y decir que los pares de ojos anhelantes que hoy acuden a nuestra ayuda, no tienen el mismo efecto en todos, que esas caras que cuestionan expectantes no logran transmitir sus ansías, ni apelar a lo poco que ya nos queda de humanos. Solo siento que a veces es necesario preguntarse, y con ello, de ser posible, pensar en guardarse un diminuto fragmento de esa

angustia ajena, de esa pena inmensa y de esa desolación, en el alma propia. Un trozo pequeño bastaría, para que cuando emergiera “la opinión de experto” a través de nuestra voz, llevará impresa un ligero desasosiego, un quiebre con la razón, y tal vez, unas palabras de corazón; quizás así pudiéramos dar además de una opinión, un remedo de consuelo para quien lo ha perdido todo y que hoy pone su realidad en nuestras manos. Porque sí, con certeza, aún la más terriblemente ejecutada recomendación de derrumbe, tendrá inherentemente como respuesta, un nostálgico –gracias–; más solo quienes entregan, a cambio de un pedazo de tragedia, un trocito de sí mismos en una palabra de aliento, tendrán, además de ese –gracias–, la única cosa que puede dar quien nada tiene: el humilde, el delicado, el anhelado obsequio de una bendición; Es así que solo algunos, los que se permitan esa apertura, esa triste dicha de re-sentirse humanos, tendrán como respuesta a su intento de dictamen, un reconfortante –¡gracias, y que dios lo bendiga!–.

Luego de ese momento de espontaneidad que trajo tantas interrogantes y tanto pesar sobre la pérdida de humanidad del gremio de la construcción, se obliga a reflexionar más allá de uno mismo, a razón de dar fortaleza a las ideas, de dar fundamento a un sentimiento que apela a un cambio de pensamiento individual y colectivo; a un reclamo del mundo que exige abordar de forma distinta nuestra realidad y por tanto, nuestros diseños arquitectónicos.

Esas preguntas planteadas previamente desde un ¿cómo?, pueden no hallar una respuesta concisa, es difícil formular una solución a una interrogante tan compleja, los ¿cómo? parecen exigir remedios, desenlaces, más los cambios de pensamiento, pueden aportar muchas cosas, pero nunca conclusiones, sino posibilidades. Es así que se hace a un lado a el cómo que interroga, para abrir paso desde Gaston Bachelard a el *como*, que responde, que es fértil, que ilustra y que busca ser comprendido. Tal vez previamente no se tuvieron las respuestas, pero, desde la literatura pueden obtenerse las ideas, las premisas necesarias para un cambio.

A partir de Bachelard, se hace evidente *como* una construcción puede convertirse en refugio, hogar, patria y universo, siendo esto a lo que deberíamos aspirar en la concepción de nuestras edificaciones, diseñando espacios que sean lugares de emplazamiento, donde se funde el acontecer de la vida de quienes lo habitan; además *como* el paso del tiempo hace

evidente ese acoplamiento, esa sincronización del habitante con los espacios que reconoce como suyos y le resultan existenciales, llegando así a tomar la forma de su concha, haciendo de su edificio su caparazón, esto puede verse ilustrado a partir de el pensamiento de Victor Hugo, que destaca ese “acoplamiento singular, simétrico, inmediato, casi consustancial de un hombre y un edificio”¹. Comprender esto y relacionarlo con las edificaciones, con el diseño arquitectónico, puede darnos una pista de lo que una vivienda le significa a su habitante, de lo que en ella participa, de la relevancia de la arquitectura y su poder transformador y por lo tanto del compromiso que tenemos para quienes con nuestro quehacer servimos.

Bachelard menciona que “en el mundo de los objetos inertes, el nido recibe una valuación extraordinaria. Se quiere que sea *perfecto*, que lleve la marca de un instinto muy seguro”², así en el territorio de las construcciones humanas, la casa, adquiere un valor extraordinario, se requiere y le es perfecta a quien la habita, mientras ésta garantice en ella la seguridad que el instinto reclama, el instinto humano que exige un habitar pleno.

Lo dicho anteriormente es muy importan, porque implica entender la responsabilidad que tenemos los diseñadores y el compromiso real de nuestra acción para con lo habitable; en lo *perfecto* no caben las imposiciones, ni las banalidades, pues en la concepción de lo extraordinario, la satisfacción de un habitar pleno y trascendental es lo primordial, así mismo en lo *perfecto* asumido, en lo perfecto aspirado no cabe el desinterés ni la indiferencia.

El gremio arquitectónico en ocasiones olvida la importancia de lo *perfecto* para sus ocupantes, y se vuelve complicado la coincidencia de ideas y la búsqueda de puntos en común, e incluso la invocación de la solidaridad, surgiendo así la imposición por ambas partes, la cual en muchas ocasiones es causa de ruptura no solo en los proyecto de edificación, sino en la relación arquitecto-cliente, cáncer que hemos venido padeciendo en nuestra profesión desde hace mucho tiempo, pues no se entiende que al final no se trata de darle la razón todo el tiempo al cliente, sino de ser conscientes de lo que nuestro quehacer le significa a ellos, de que nuestro compromiso es por demás serio y trascendental, en el sentido de poder proveerles de espacios donde su habitar, garantice la plenitud de su ser. Tener presente esta trascendencia puede ayudarnos a abordar la complejidad de un

proyecto, para junto con nuestros habitantes construir un espacio que funde un lugar, que funde el acontecer de su vida, que les provea de bienestar espacial.

Bachelard nos dice que el “bienestar –espacial– nos devuelve a la primitividad del refugio”³, pues tal como los animales en sus madrigueras lo hacen, el hombre, donde habita, recibe esa “sensación de refugio, se estrecha contra sí mismo, se retira, se acurruca, se oculta, se esconde”⁴. Es así que con el diseño arquitectónico se le debe dotar del carácter de refugio a nuestras construcciones, donde nuestros habitantes sean capaces de alcanzar la “dicha física, –pues en palabras de Bachelard–, al ser le gusta retirarse en un rincón”⁵.

Este pensamiento como premisa es ya una pauta del diseño que nos pide incluir en nuestros espacios el abrazo a la intimidad, tanto la individual como la colectiva y que el interior de nuestros edificios logre satisfacer esa necesidad de retiro, de refugio, ante lo vertiginoso del mundo.

Así como los animales se retraen ante la inmensidad y la incertidumbre del exterior; así hemos de permitirle al hombre no solo protegerse de la intemperie, sino ocultarse de la realidad que aflige: con espacios y recorridos que lo lleven a alcanzar estadios de paz, de introspección; con lugares habitables, que sean su hogar y su abrazo; que pueda llegar a amarlos y a amar a través de ellos, para que así el acurrucamiento diario le lleve y le devuelva.

Bachelard continúa reforzando la imagen de la casa como nido con el pensamiento de Jules Michelet, quien dice que el pájaro es un obrero sin herramientas, razón por la cual hace de su cuerpo su propia herramienta, pues es su pecho, con el que prensa y oprime los materiales que conforman su obra general: “Y Michelet nos sugiere la casa construida por el cuerpo, por el cuerpo tomando su forma desde el interior como una concha, en una intimidad que trabaja físicamente. Es el interior del nido lo que impone su forma”⁶.

Estas ideas de Michelet no se reducen al nido de las aves, sino que va más allá y lo traslada a la imagen de la casa, de la cual íntegramente dice:

La casa es la persona misma, su forma, y su esfuerzo inmediato; yo diría su padecimiento. El resultado sólo se obtiene por la presión continuamente reiterada del pecho. No hay una de esas briznas de hierba que para adoptar y conservar la curva no haya sido empujada mil y mil veces por el seno, por el corazón, con trastorno evidente de la respiración, tal vez con palpitaciones.”⁷

No podría ser más clara la imagen que Bachelard, a partir de Michelet nos comparte, a partir de ella nos deja ver al corazón del habitante, quien con lo que alberga en su pecho, con voluntad y esfuerzo infinito oprime su pecho una y otra vez para construir su hogar, su refugio, su universo; comprender esto para el diseño arquitectónico es fundamental, pues la confianza para el diseño de ese anhelo de nido es depositada en nosotros los arquitectos, por ello habría que responder a través de diseños de espacios que garanticen un habitar pleno, espacios que estén a la altura de quienes con todo brío, ahínco y palpitación del ser, nos los requieren.

Además de lo anterior, lo expuesto por Bachelard nos reafirma esa sincronidad entre el habitante y su nido, entre el ser humano y su casa; bajo este pensamiento lo estandarizado, lo prototípico, no cuadra. Cada diseño arquitectónico requiere ser único y llevar inmerso en sí, la forma del pecho de quien lo anhela y habita.

Es así como Bachelard nos introduce al ensueño de la casa- vestido y fundamentado en lo dicho por Michelet afirma que los seres humanos “tendríamos la casa personal, el nido de nuestro cuerpo afelpado a nuestra medida”⁸ de manera que al ofrecernos como a Colas Breugnon, el personaje de Romain Rolland, una casa más grande, más cómoda, la rechazaríamos como a un traje que no es hecho a la medida. Lo pensado por Bachelard podría parecer un poco irreal y utópico, más al contrario, resulta una constante en los habitantes de la casa-vestido, la creación de un vínculo trascendental con su construcción, se vuelve ineludible la generación de un ensamblaje arquitectónico es difícil de fragmentar, al menos por voluntad propia, en donde solo un acontecimiento catastrófico como un sismo es capaz de fracturar esta unidad, no sin llevarse entre el cascajo el ser, el acontecer, el habitar de todo un pueblo.

Bachelard a través de las conchas y de los nidos nos ilustra, bajo formas elementales la función de habitar, al respecto nos aclara:

Con los nidos, con las conchas, hemos multiplicado, a riesgo de agotar la paciencia del lector, las imágenes que ilustran, según creemos, bajo formas elementales, tal vez demasiado lejanamente imaginadas la función de habitar. Se siente que hay allí un problema mixto de imaginación y observación. Claro que el estudio positivo de los espacios biológicos no es nuestro problema.

Queremos simplemente mostrar que en cuanto la vida se instala, se protege, se cubre, se oculta, la imaginación simpatiza con el ser que habita ese espacio protegido. La

imaginación vive la protección, en todos los matices de la seguridad, desde la vida en las conchas más materiales, hasta los disimulos más sutiles en el simple mimetismo de las superficies. Como sueña el poeta Noël Arnaud, el ser se disimula bajo la similitud. Estar al abrigo bajo un color, ¿no es acaso llevar al colmo, hasta la imprudencia, la tranquilidad del habitar? La sombra es también una habitación.⁹

Este criterio del habitar que se da en la concha material, pero incluso desde el disimulo de una sombra, nos revela la verdadera naturaleza no solo del refugio y de su protección, sino que además nos abre la puerta al entendimiento de la imagen y el habitar trascendental, que nos acerca a la ensoñación, a la ensoñación de la poética presente en la seguridad y en la protección de los espacios amables y amados.

El gremio arquitectónico debiera echar un vistazo a otras visiones del mundo y de la arquitectura, a esas que buscan reconciliarnos con la realidad a través de la revalorización del ser que habita, a ese a quien debemos nuestro más humilde servir a partir de nuestras construcciones; así estos cambios en el pensamiento buscan reconciliarnos con los habitantes e incluso con nosotros mismos. Hay que echar un vistazo a las posturas que intentan llenar nuestro ser de la ensoñación de la imaginación, que son ruta de apertura a la poética y que tiene sus fundamentos más profundos en los anhelos y en las nostalgias de toda una raza; de un pueblo que hoy lo pierde todo en el –inhabitable- de una edificación y a quien mañana, seremos responsables, de devolvérselo.

Ciudad de México a 8 de Noviembre del 2017

¹ BACHELARD, G. *La poética del espacio*, (trad. Ernestina de Champourcin). FCE, Ciudad de México, 2016. p. 124

² *Ídem.* p. 125

³ *Ídem.* p. 125

⁴ *Ídem.* p. 125

⁵ *Ídem.* p. 125

⁶ *Ídem.* p. 134 y 135

⁷ *Ídem.* p. 134

⁸ *Ídem.* p. 135

⁹ *Ídem.* p. 168

Bibliografía.

BACHELARD, G. *La poética del espacio*, (trad. Ernestina de Champourcin). FCE, Ciudad de México, 2016. 281p.